

De lo sucedido en un bar de Avenida Italia,
a un joven cuya enfermedad le impedía
llevar una vida normal.

Estaban en el mismo bar de siempre. Allí se reunían cada viernes para hablar, o a veces, si la bebida o los billetes abundaban, para filosofar sin sentido, o hacer “antifilosofía”, como había nombrado Julius a aquellas conversaciones. Marcus Miller sonaba como loco, jugueteando con su bajo que luego de caer el tercer vaso -o jarra, depende del consumidor- en el estómago de sus oyentes se convertía en algo totalmente etéreo y libre. Tenía la capacidad de interpretar el estado mental de sus escuchas, de modo que cuando todos comenzaban a embriagarse gracias al alcohol, daba lo mismo tocar jazz, salsa o soltar el bajo para cantar algún tango en pésimo castellano.

Eran las once de la noche. Roque, como siempre, bebía vino tinto, Julius whisky escocés y Marcus, entre melodías, bebía agua. Roque era el más viejo de los amigos, llevaba encima unos sesenta años que se imponían en su rostro arrugado y en sus canas de vidrio. A juzgar por el color de su pelo, de joven debía haber sido rubio, pero esto fue hace tanto tiempo que ninguno de ellos lo pensó jamás. Ni siquiera su propietario. Tan habituados estaban a juntarse para charlar, que el pasado era solo una mancha en la camisa del tiempo.

Julius o “el franchute”, como le decían a veces, vestía siempre de corbata y era todo un caballero. Se decía diplomático, comentaba sus viajes por el mundo, decía viajar todos los días. Pero jamás faltaba al bar los viernes. Esto hizo dudar a Juancho algunas veces sobre la legitimidad diplomática de Julius. De no ser por su acento y sus billetes creo que jamás le hubiesen creído.

Entre la humareda de caros cigarrillos, tres vasos de vino más tarde, Roque le gritó a Marcus:

-¡Bo! ¡Tocate otra por favor! ¡Me tenés podrido con el jazz ese de porquería! ¡Acá venimos a pasar bien, no a escucharte improvisar!

-Fucking old man –le respondió Marcus con un tono de voz realmente despectivo: -don't disturb me. Ok?. Go to hell!

-Mirá yanqui, no te pongas rebelde y hablá pa' que se te entienda, que acá estamos en Uruguay. ¿Ok?.

-I said to you que no me jodas, viejo lelo. Tómame otro vino and déjame to play.

-Che, ¿Y Juancho? –interrumpió Julius, con ese tono que colabora con la paz arrancando a su interlocutor de un ataque de ira: -¿No tenía que haber llegado ya?.

-Si. Ocurrente pregunta compañero Julius –alegó Roque: -Espero que no se haya mojado.

-Mirá. No llares a la mala suerte que si se moja hoy ya no viene. Vos sabés bien que cuando se moja...

-Si, ya sé. Es un problema. Solo esperemos que no, o, en todo caso...

-Nos tendremos que conformar con María en lugar de Juancho.

-Sé –bebió otro trago de vino, pitó con fuerza su cigarro contemplando algún punto distante a través de la ventana. Entonces agregó: -Es jodido lo que le pasa a Juancho. A mí llega a preocuparme. Por él, ojo. Yo contra María no tengo nada. Pero es que antes no era así.

-Bueno, no te pongas melancólico –lo consoló Julius. –Él aprendió a convivir con eso, y dice que no se siente tan mal. Solo se le complica un poco para bañarse, pero nada más.

-Sé

Se mantuvieron en silencio. La música había pasado a ser algo más del bar. Ya no era Marcus Miller tocando, no era la expectativa en el músico que debía lucirse con su público, era solo su música como si fuera parte del aire o del humo. Y todo gracias al estado etílico de los escuchas. Esa era la hora que más deleitaba al bajista, dado que incluso podía equivocarse (lo cual sucedía muy pocas veces, a no se que en lugar de agua bebiera un espirituoso) y nadie lo notaría. Tocó el bajo como un maestro, siempre improvisando, con la amplia sonrisa de quien goza lo que hace. Bebió otro trago de agua y entendió por qué se sentía tan bien. Tocaba para él, aislado por completo de sus oyentes. Sonrió nuevamente, bebió otra vez y continuó tocando.

La noche afuera estaba hermosa. El cielo se veía totalmente despejado, como en esos veranos casi perfectos en uno puede ver cada estrella en su sitio, sin encontrarse siquiera con una infima nube. Los focos amarillos iluminando Avenida Italia daban calidez al entorno urbano. Antes eran blancos, los muchachos siempre decían que parecía luz de hospital. Al cambiarlos cambió incluso el ambiente en el bar. Lo que lo enturbió fue el problema de Juancho.

-Che, me preocupa que no llegue. Es un poco tarde –comentó Roque mirando su reloj: -¿no le habrá pasado algo?

Eran ya las doce y media.

-No, mirá. Allá viene. –dijo Julius señalando la puerta: –Está entrando.

Marcus se detuvo para observar al hombre de barba que entraba haciéndole un gesto de saludo.

Roque sonrió y le gritó desde su mesa:

-¡Juancho, viniste! ¡Nos tenías preocupados!.

El tomo asiento con ellos, estrechó la mano de Julius y le dijo a Roque:

-Si. Supuse que se iban a asustar, pero no me pasó nada. Falleció la madre de un conocido y tuve que ir al velorio. Fue deprimente.

-Bueno, bueno. La depresión se cura con algún brebaje. ¿Qué querés tomar?, -le preguntó Julius.

-Un Ron, por ahora.

-¡Mozo! –gritó Roque: -¡Tráigale un ron a Juancho!

El Mozo caminó despacio hasta la barra, para alcanzar con una mano la botella de Ron. Se acercó a la mesa, observando largamente al recién llegado. Mientras le servía la medida de Ron, preguntó:

-El señor no se mojará nuevamente ¿Verdad?. Usted sabe que nuestros clientes son gente distinguida, y tener que ver como... .

-No sea atrevido, hágame el favor –se enfureció Roque. Él siempre podía maltratar a los empleados pues conocía al dueño del bar: - Si hablo con el señor Goldenfingerstein usted se va a la calle. Deje a Juancho en paz que lo del otro día fue un accidente. ¿Estamos?.

-Calmáte, la verdad que tener que soportar... . Yo comprendo –intercedió Juancho. –Tiene razón, Roque. No le grites.

-¡El señor no tiene nada! – se enardeció- ¡no tiene moral ni cerebro!. ¡Váyase, no sea desubicado por que hablo con Goldenfingerstein!.

El mozo se retiró refunfuñando y sin la botella de ron.

-Esto es lo que más me gusta del personal de acá. Uno les habla bien y ellos entienden – ironizó Roque.

Julius estaba en silencio, observando los dedos de Marcus recorrer el brazo del bajo. De pronto dijo:

-Hacer música es como estar con una mujer. Mirá con qué dulzura le acaricia el brazo. ¡Vení Marcus!. ¡Vamos a tomar algo enserio!.

El bajista, sin decir nada bajó del escenario y se acercó a la mesa, con su botella de agua en la mano.

-Thank's –dijo. –Me hacía falta una invitación like this.

-Como esta –corrigió Juancho.

-Yes, como esta. How estás tú?

-Yo estoy bien, falleció la madre de un conocido y por eso llegué tarde.

-Oh... . I'm sorry. Eh... . Lo lamento.

-No, no pasa nada. Ni la conocía.

-Ah, Ok. ¿Me sirves ron?.

Roque notó la botella de agua sobre la mesa, pero confió en que Marcus cuidaría de ella. Julius le sirvió una medida de ron. No hablaba y eso era un claro efecto de una curda azul. Su corbata se había torcido, los ojos le brillaban como le brillan a todos los borrachos; él había quedado ya fuera de juego. Había hecho lo suyo en esa noche de viernes, era solo esperar que alguien lo llevara a su casa.

Roque se levantó de la mesa y llamó al mozo para que trajera algo de comer. Él hizo señas desde la barra, insinuando que luego llevaría una picada.

-Bueno, contáme qué has hecho –le dijo Juancho.

-Yo tranquilo, me peleé con mi señora, nada nuevo –respondió sin dejar de mirar para la barra. –Ah, ahí. Ahí viene la picada.

El mozo caminaba torpemente por el bar, haciendo equilibrio con el plato en una mano. Era enormemente gordo. Marcus a reía, imaginaba al hombre como un elefante o una damajuana. Se acercó a la mesa y al apoyarse, con un movimiento demasiado brusco para alguien que se dedica a eso, hizo tambalear la botella con agua del bajista, cayendo ésta sobre las piernas de Juancho.

-¡No! ¡Gordo imbécil! ¡Qué hacés! –Gritó Roque a punto de darle un golpe.

Pero era demasiado tarde. Juancho ya estaba mojado. Su pecho comenzó a hincharse hasta formar dos senos enormes, la barba se metió dentro de su rostro, su piel se estiró, su boca se hizo hermosa. Los ojos de Juancho se hicieron verdes, el pelo lacio caía sobre sus hombros. Ya no era más Juancho, ahora estaban con María.

-¿Cómo andás, divino? –le preguntó a Roque.

-This is strange –Dijo Marcus.

-María, ¿qué contás? ¡Mirá lo que hiciste idiota! –le gritó al mozo. –¡Andate de una vez!. Disculpá, María. No, no es que no me guste estar contigo, pero Juancho... .

-Dejalo a Juancho tranquilo. Ahora vas a estar conmigo.

-Sé.

El mozo jamás volvió a trabajar en ese bar. Roque pasó una noche encantadora. Juancho nunca más le habló.

* * *